



ÁLBUM DE FAMILIA DE EMIGRANTES

Novedad editorial. Se recupera 'Un séptimo hombre', una obra lúcida del londinense John Berger publicada en los años setenta, que no ha perdido actualidad ➤ El volumen incluye unas impactantes imágenes de Jean Mohr

Por ➤ Antonio Rojas

John Berger (Londres, 1926) es un extraordinario novelista. Ahí están, entre otros, títulos como *Un pintor de nuestro tiempo*, su primera narración, *G.*, con el que ganó en 1972 el prestigioso Booker Prize, *Hacia la boda*, *De A para X* o *De sus fatigas*, trilogía integrada por *Puerca tierra*, *Una vez en Europa* y *Lila y Flag* en la que alertaba sobre los peligros de la llamada prosperidad europea. También es un certero crítico de arte, como certifican sus numerosos ensayos, artículos y monografías sobre los distintos modos de ver y las diferentes maneras de contar la creación. Poeta, dramaturgo, guionista y pintor, se ha destacado siempre por sus firmes convicciones políticas –tuvo vínculos con el partido comunista británico y siempre se ha confesado un marxista– y, sobre todo, por su compromiso social, por su humanismo radical.

A principios de los años setenta se embarcó, junto al fotógrafo suizo Jean Mohr (Ginebra, 1925), en un libro, compuesto de imágenes en blanco y negro e imágenes verbales, con el que pretendían mostrar hasta qué punto la economía de los países ricos de Europa había pasado a depender de la mano de obra que procedía de varias naciones más pobres, entre ellas España. Aquel volumen, aparecido en 1975, que en el Norte fue tildado de panfleto insustancial y poco serio y que en el Sur se tradujo al turco, al griego, al portugués, al árabe o al español, se encuentra otra vez en nuestras librerías: *Un séptimo hombre. Imágenes y palabras sobre la experiencia de los trabajadores emigrantes en Europa* (Capitán Swing).

Ya en 2002, con motivo de su reedición, Berger se mostró convencido de que «el libro es hoy más incisivo, más apasionado y más conmovedor que cuando se publicó por primera vez hace veinticinco años». Es cierto que muchos de los datos o estadísticas han quedado desfasados, pero no por ello ha perdido actualidad. No solo demuestra que el sistema económico europeo sigue necesitando, para su existencia, para su continuidad, para evitar el colapso, de la llegada de mano de obra emigrante, sino que con las experiencias que se relatan en sus pági-



Españoles. Trabajadores españoles en la estación de Ginebra, esperando el tren que les llevará en su viaje anual de retorno a sus hogares.

Imágenes

El volumen está compuesto de imágenes en blanco y negro e imágenes verbales, donde plasmaba qué mano de obra sustentaba a los países ricos

nas, como ya ocurrió en su momento, se pueden sentir identificados quienes llegan hoy en día a nuestro continente en busca de una oportunidad, quienes huyen de la miseria de sus lugares de origen, quienes reclaman un modo de vida mejor para sí y para los suyos.

INSTANTES RECONOCIBLES. *Un séptimo hombre*, un relato de ficción trufado de vivencias y cifras reales, con ingredientes de relato periodístico, está estructurado en tres partes, en los tres momentos que definirían el he-

cho de la emigración: la partida, el trabajo y el regreso. De tal forma que da la opción de ser abordado como un álbum de familia por quienes se vieron –o ven– en la obligación de abandonar a sus familias y emprender la marcha a un territorio que les será hostil, en el que no les será fácil asentarse.

Ahí están, como apunta el autor británico, esos instantes reconocibles que se refieren a diferentes experiencias: «El sueño continuo del regreso a casa, las lágrimas compartidas que resultan de saber

que ese sueño nunca se podrá hacer realidad, el valor de la partida, la resistencia del viaje, el trauma de la llegada, la posterior invitación legendaria a que vengan a reunirse con uno (incluyendo el billete), las muertes ocurridas lejos, las negras noches en el extranjero, el orgullo de ganarse regularmente el sueldo, etcétera».

De ahí que no resulte complicado reconocer en aquellos millones de seres anónimos «el heroísmo, la autoestima y la desesperación de unos protagonistas que podrían haber sido vuestros

propios padres».

Quienes venden su mano de obra como una mercancía más son españoles, turcos, portugueses, italianos o ciudadanos de la antigua Yugoslavia. Y los países de destino son Alemania, Francia o Suiza. Los sueños en un futuro lleno de oportunidades son los mismos en todos los casos, como también lo son el dolor de la despedida, los miedos en la frontera o en los centros de selección, las aspiraciones profesionales, la soledad en la distancia, el ansia por el reencuentro familiar o la confianza en volver y rehacer la vida, en mejores condiciones, en la añorada patria.

Ante *Un séptimo hombre* el lector tiene la sensación de estar frente a una denuncia de la

Actualidad

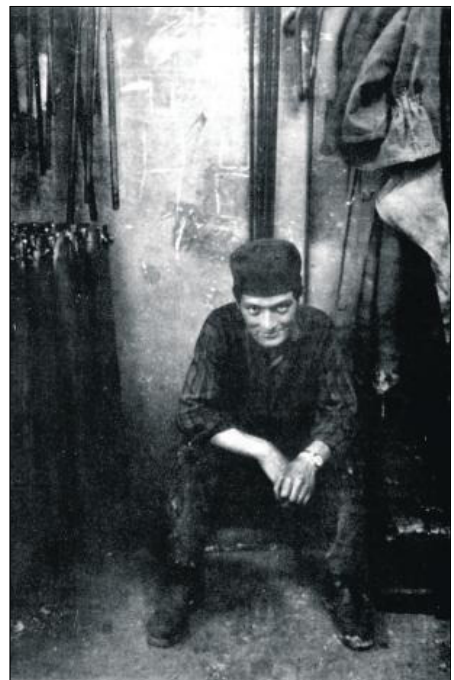
Las experiencias que relata se pueden identificar con las de quienes hoy día llegan a Europa en busca de una oportunidad



Crudeza. A la izquierda, trabajadores emigrantes en el tren que les lleva de España a Suiza. En el centro, otro grupo de jóvenes españoles que buscaba huir de la pobreza en tierras suizas. A la derecha, trabajadores españoles en la estación de Ginebra, esperando el tren que les llevará a sus hogares.

Testimonios.

Dos de las imágenes que integran el volumen *Un séptimo hombre*. A la izquierda, decoración de las paredes que rodean una cama en un barracón. Suiza. A la derecha, un trabajador español en una fábrica de productos químicos alemana. Todas las imágenes que integran este volumen, que ahora se puede adquirir en las librerías españolas gracias a Capitán Swing, son del suizo Jean Mohr.



explotación de los trabajadores emigrantes o frente a una narración sobre la dignidad de quienes en la mayoría de los casos son reducidos a meras estadísticas, a cifras macroeconómicas, de quienes no entrarán en los libros de Historia con sus nombres y apellidos, con sus arriesgadas aventuras vitales.

LAS INSTANTÁNEAS. Tan importantes como el texto de Berger son las decenas de fotografías en blanco y negro del fotoperiodista Jean Mohr: retratos de individuos identificados

Origen

Quienes venden su mano de obra como una mercancía más son españoles, turcos, portugueses, italianos y de la antigua Yugoslavia

como «albañil italiano», «joven emigrante turco», «un muchacho de Bosnia» o «trabajador español en una fábrica de productos químicos alemana», escenas agrícolas de España, Grecia, Turquía o Serbia, imágenes de los reconocimientos médicos en Estambul a quienes aspiraban a trabajar en Alemania, de la llegada a las estaciones de tren de Francia o Alemania, de la vida cotidiana en los barracones o pisos para emigrantes o de las duras condiciones laborales en la construcción de un túnel en el sub-

suelo de Ginebra. Los tópicos o los comentarios xenófobos relativos a los emigrantes perviven en Europa. Quizás hasta se hayan endurecido en los últimos meses con la avalancha de personas que tratan de llegar a través de Italia y con las propuestas de la Unión Europea sobre cuotas de acogida. No es extraño escuchárselo a los líderes políticos de ciertos partidos húngaros, franceses, alemanes, italianos o españoles, ni tampoco a los ciudadanos de esos países. Hace cuarenta años, John Berger recogió algunos juicios y pareceres sobre la población emigrante. Quién no ha escuchado alguna vez las siguientes frases referidas a quienes vienen de fuera: «Vienen aquí,

Xenofobia

Los tópicos xenófobos perviven hoy. Incluso, quizás se hayan endurecido con las últimas avalanchas de personas que han intentado entrar en Italia

¿y para qué vienen?»; «Para conseguir todo el dinero que pueden y mandarlo fuera del país. No les interesa ninguna otra cosa. Solo quieren dinero. Siempre lo mismo. Se llevan nuestro dinero, nos quitan los puestos de trabajo, nos quitan nuestras viviendas; si pudieran, si se lo permitiéramos, se apoderarían de todo»; «¿Sabe que todos comen en el mismo plato? Son auténticos salvajes»; «Intentan traer aquí a sus familias. Se apoderan de calles enteras y viven veinte en una casa. Dicen que los explotamos, pero el

casero suele ser un compatriota suyo. Negocian entre ellos, tienen sus propios negocios»; «¿Sabe cómo viven en sus lugares de origen? Nuestras peores callejuelas son auténticos palacios para ellos. No saben vivir en una ciudad moderna. Tardarán cien años en aprender»; «Un trabajador emigrado: Podría usted llamarnos los negros de Europa»; «Todos llevan cuchillo. Ninguna mujer está segura»; «Viven en esos barracones como verdaderos animales»; «No cabe duda de que tienen sus propios negocios».